



Revista Brasileira de História das Religiões

ISSN
1983-2850

SÃO LUÍS-MA | VOLUME 18 | NÚMERO 54 | SETEMBRO-DEZEMBRO 2025

CHAMADA TEMÁTICA - As experiências do catolicismo no continente americano no longo século XIX e a modernidade na Igreja Católica

 <https://doi.org/10.18764/1983-2850v18n54e27693>

La diplomacia vaticana en el conflicto Iglesia-Estado en el Uruguay (1916-1940)

Carolina Greising

Universidad Católica del Uruguay

 <https://orcid.org/0000-0002-9185-8760>

 carolagreising@gmail.com

RECEBIDO | 26 set. 2025 – APROVADO | 12 dez. 2025



 PIPGHIS UFMA

 EBCULT
História, Religião e
Cultura Material

 ANPUH
Associação Nacional de Pesquisadores em
História das Religiões



 CAPES

 FAPEMA
Fundação de Apoio à Pesquisa e ao Desenvolvimento
Científico e Tecnológico do Maranhão

Resumen: El presente trabajo tiene como objetivo dar cuenta de la participación activa – y prácticamente desconocida – de un tercer actor internacional en las relaciones entre Estado e Iglesia católica en el Uruguay como lo fue la diplomacia vaticana. A partir de la suspensión del vínculo entre la Santa Sede y Uruguay en 1911, aquella buscó varias estrategias para mantener su presencia en el país. Esta política exterior constituyó una excelente ventana por donde se ventilaron los cruces entre el Estado, la religión y la política, asuntos escasamente abordados en la historiografía uruguaya. Además, estos cruces adquieren relevancia por el contexto histórico en el que se dieron, en particular el ascenso de los nacionalismos, las derechas, el anticomunismo y el papado de Pío XII.

Palabras clave: diplomacia vaticana; laicidad; Iglesia católica; Uruguay; relaciones internacionales.

Vatican diplomacy and the Church-State conflict in Uruguay (1916-1940)

Abstract: This paper aims to account for the active – and virtually unknown – participation of a third international actor in State and Catholic Church relations in Uruguay: Vatican diplomacy. Following the suspension of ties between the Holy See and Uruguay in 1911, the Vatican pursued various strategies to maintain its presence there. This foreign policy constituted an excellent window to air the intersections between the state, religion, and politics, issues rarely addressed in Uruguayan historiography. Furthermore, these intersections acquire relevance due to the historical context in which they occurred, particularly the rise of nationalism, the right wing, anti-communism, and the papacy of Pius XII.

Keywords: vatican diplomacy; secularism; Catholic Church; Uruguay; international relations.

A diplomacia vaticana no conflito Igreja–Estado no Uruguai (1916–1940)

Resumo: O presente trabalho tem como objetivo apresentar a participação ativa – e praticamente desconhecida – de um terceiro ator internacional nas relações entre o Estado e a Igreja Católica no Uruguai: a diplomacia vaticana. A partir da suspensão do vínculo entre a Santa Sé e o Uruguai, em 1911, esta buscou diversas estratégias para manter sua presença no país. Essa política externa constituiu uma excelente janela por meio da qual se evidenciaram os embates entre o Estado, a religião e a política, temas ainda pouco abordados na historiografia uruguaia. Ademais, esses embates adquirem relevância em razão do contexto histórico em que ocorreram, em especial a ascensão dos nacionalismos, das direitas, do anticomunismo e o papado de Pio XII.

Palavras-chave: diplomacia vaticana; laicidade; Igreja Católica; Uruguai; relações internacionais.

Introducción

Las relaciones diplomáticas entre Uruguay y la Santa Sede experimentaron su primera interrupción en 1897, cuando el presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, Juan Lindolfo Cuestas – quien asumió tras el asesinato del presidente Juan Idiarte Borda –, dispuso el retiro de Juan Zorrilla de San Martín, representante uruguayo en el Vaticano. La reanudación de los vínculos se produjo en 1909, durante la presidencia de Claudio Williman, con el nombramiento de Arturo Heber Jackson como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante la Santa Sede. Dicha designación se inscribió en el marco de las discusiones por la provisión de la sede arzobispal, vacante tras el fallecimiento de monseñor Mariano Soler en 1908. Sin embargo, la misión de Heber Jackson se extendió solo por dos años; bajo la presidencia de José Batlle y Ordoñez, y mediante decreto del 30 de marzo de 1911, se puso fin a su gestión y se interrumpieron nuevamente las relaciones diplomáticas en un contexto en el que la separación constitucional entre Iglesia y Estado resultaba inminente.

El presente trabajo tiene como objetivo dar cuenta del papel de la diplomacia vaticana en las relaciones entre el Estado uruguayo y la Iglesia católica durante el período 1916-1940. Para ello, se retoma un recorrido histórico abordado en investigaciones previas (Greising, 2024; Arteaga, 1987) a fin de situar el núcleo del análisis en el viraje político y eclesial observado a partir de la década de 1930 que generó condiciones favorables para la restauración de los vínculos diplomáticos entre Uruguay y la Santa Sede.

Este estudio se enmarca en una corriente de renovación historiográfica que, en Uruguay, ha comenzado a incorporar de manera más sistemática la dimensión religiosa en la interpretación del pasado nacional. Numerosos trabajos recientes han analizado, por ejemplo, el proceso de laicización de los siglos XIX y XX, el cual ha dejado de concebirse exclusivamente como un fenómeno lineal orientado a relegar la religión al ámbito privado. Por el contrario, las nuevas aproximaciones han planteado preguntas e interpretaciones alternativas que han permitido reconsiderar el papel de la religión – y particularmente del catolicismo – en dicho proceso, dotándolo de una mayor complejidad analítica. En este sentido, resulta pertinente indagar en la presencia y las estrategias de la diplomacia vaticana tanto en la esfera política como en la religiosa.

Asimismo, es importante señalar que las negociaciones, tensiones y acercamientos entre la Santa Sede y el Estado uruguayo no constituyen un fenómeno aislado. Entre fines del siglo XIX y la primera mitad del XX, otros países experimentaron procesos similares, marcados por debates sobre la secularización, la reorganización del catolicismo y la redefinición del lugar de la Iglesia en sociedades en transformación. En América del Sur, tanto Brasil como Argentina atravesaron discusiones y reajustes en torno a la presencia pública del catolicismo y a la intervención diplomática del Vaticano. En el caso argentino, diversos estudios – entre ellos los de Ignacio Martínez (2010) y Loris Zanatta (1999) – han mostrado cómo la Santa Sede buscó incidir en la redefinición del vínculo entre Iglesia y Estado, especialmente en los momentos de mayor conflictividad entre liberalismo, nacionalismo católico y poder eclesiástico, dando lugar a negociaciones complejas que recuerdan, en varios aspectos, a las del caso uruguayo. Por ejemplo, Zanata da cuenta de estrategias diplomáticas vaticanas similares empleadas en la Argentina peronista a las aplicadas en Uruguay con relación, fundamentalmente a la discreción y la prudencia para lograr sus objetivos.

Del mismo modo, en Brasil y varias naciones europeas como Portugal y Francia fueron escenario de intensos conflictos, negociaciones y reajustes institucionales entre los poderes civil y eclesiástico. La historiografía reciente ha destacado estos paralelismos, especialmente desde trabajos como los de Carlos André Silva de Moura (2015) sobre el catolicismo brasileño y portugués durante la Restauración Católica, entre otros. Este entramado comparativo permite comprender que el caso uruguayo forma parte de un escenario más amplio de redefiniciones en las relaciones entre el Vaticano y los Estados modernos.

Por ejemplo, tal como ha mostrado Silva de Moura para Brasil y Portugal, la Santa Sede desplegó entre las décadas de 1910 y 1940 una estrategia de romanización que combinó intervención diplomática, disciplinamiento interno del clero y la articulación de redes intelectuales transnacionales. Si bien Uruguay careció de un movimiento católico de magnitud similar y la influencia vaticana debió apoyarse principalmente en la vía diplomática, las tensiones entre laicidad estatal, reorganización eclesial y búsqueda de nuevos equilibrios institucionales presentaban claras resonancias con los procesos observados en ambos países, confirmando que

las negociaciones entre Iglesia y Estado formaron parte de una dinámica regional y global más amplia, aunque signada por las peculiaridades propias de cada país.

Si bien este trabajo se apoya en estudios previos, avanza hacia el análisis específico de la década de 1930. La investigación se nutre principalmente de la documentación del Archivo Apostólico Vaticano (AAV) y del Archivo de la Secretaría de Estado (ASE), con particular relevancia en los fondos correspondientes al pontificado de Pío XII, abiertos de manera reciente a los investigadores. Para la documentación relativa al Uruguay, el historiador uruguayo Dante Turcatti (2013) había realizado un amplio trabajo en el primer archivo mencionado, donde registró la documentación diplomática originada en la Santa Sede y las Nunciaturas Apostólicas de la región, en especial la de Buenos Aires entre los años 1905 y 1922. Publicó luego la transcripción textual de los documentos, algunos en italiano, otros en latín y en español a los que agregó un breve resumen introductorio de cada uno. Esta publicación era de un gran valor para el investigador, pero era necesario avanzar cronológicamente y poder consultar la documentación hasta el pontificado de Pío XII.

Hacia 2018 el Archivo Secreto Vaticano sufrió algunas modificaciones (incluso cambiaría el nombre por Archivo Apostólico) y parte de su contenido pasó a formar parte del Archivo de la Secretaría de Estado del Vaticano, como el fondo del Archivio della Sacra Congregazione degli Affari Ecclesiastici Straordinari, con documentación relacionada a Argentina, Paraguay y Uruguay. Por tal motivo son dos los acervos documentales disponibles para la consulta en la Santa Sede.

El análisis de estos valiosos repositorios permitió un acercamiento al accionar diplomático tanto desde la Santa Sede como desde sus representantes en el Río de la Plata. Si bien buena parte de la documentación refiere a decretos oficiales emanados de los distintos dicasterios, también se nutre de cartas privadas. Ello significó un desafío ético metodológico para el investigador, pues se presenta ante información que originalmente fue pensada para quedar en el ámbito privado y no ser difundida. Este aspecto ha sido tomado en cuenta al momento de utilizar dicha información. El trabajo con las fuentes vaticanas no solo constituyó un privilegio, sino que redundó en originalidad para el presente trabajo, en un contexto historiográfico que no ha priorizado los estudios religiosos.

No obstante, éstas no constituyen las únicas fuentes: también se consultó el Archivo de la Curia de Montevideo y la prensa de la época. Asimismo, resulta insoslayable la obra de Juan José Arteaga, *Uruguay y Santa Sede. Sus relaciones* (1987), hasta el momento el único estudio monográfico dedicado específicamente a la temática.

La presente publicación retoma el concepto de *viraje eclesial* desarrollado por el historiador Mario Etchecurty en su investigación *Entre el Colegiado y el Vaticano II. Renovación eclesial y política en el catolicismo uruguayo preconciliar, 1959-1962* del año 2004. Según este autor, a partir de 1958 – con el triunfo electoral del Partido Nacional y la preeminencia del herrerismo¹ en el gobierno – se configuraron nuevas dinámicas en relación con la Iglesia y el Estado que permiten hablar de un *viraje* favorable hacia los intereses de la Iglesia católica.

Sin embargo, en el marco de este trabajo se plantea que los antecedentes de dicho viraje deben rastrearse en la década de 1930, particularmente a partir del golpe de Estado encabezado

¹ Se denomina *herrerismo* a la corriente política dentro del Partido Nacional uruguayo liderada por Luis Alberto de Herrera. Caracterizada, en términos generales, por su nacionalismo, conservadurismo y defensa de la soberanía nacional, con fuerte énfasis en el antiimperialismo y en la tradición histórica artiguista.

por Gabriel Terra en 1933 y de los gobiernos que le sucedieron – en particular el del arquitecto Alfredo Baldomir – que facilitaron la reanudación de los vínculos diplomáticos con la Santa Sede. Asimismo, en este período fue clave el apoyo al gobierno por parte del herrerismo, que, si bien no constituía en esos años una fuerza política mayoritaria, logró articular alianzas estratégicas y conformar junto con aquellos un bloque de carácter *conservador* en el que la cuestión religiosa ocupó un lugar significativo.

La visita del cardenal Eugenio Pacelli a Terra en 1934 – quien años más tarde sería el papa Pío XII –, la organización en Montevideo del multitudinario Congreso Eucarístico de 1938 con el decidido respaldo de diversas instancias del Estado laico y la formalización de la reanudación de relaciones diplomáticas entre Uruguay y la Santa Sede constituyen evidencias concretas de un *viraje eclesial* que antecede al señalado por Etchecurra para la coyuntura de fines de los años cincuenta.

La estructura del trabajo se organiza del siguiente modo: en los apartados iniciales se ofrece un marco contextual que aborda la intervención del Vaticano en el debate constituyente y en la crisis interna de la Iglesia católica uruguaya (1916-1919), así como los intentos tempranos de reanudación diplomática (1919-1930). Posteriormente, se desarrolla el análisis de las estrategias implementadas por la diplomacia vaticana y por diversos actores políticos y religiosos locales, en el marco del denominado *viraje eclesial* que, hacia fines de la década de 1930, abrió paso a la restauración diplomática alcanzada en 1939. Finalmente, se presentan algunas conclusiones sobre las estrategias de cautela y bajo perfil adoptadas por la diplomacia vaticana como vía para la consecución de sus objetivos.

La diplomacia vaticana entre el conflicto interno, el debate constituyente y los primeros intentos de reanudación diplomática (1916-1930)

En este largo periplo es posible identificar algunos episodios significativos en relación con la presencia vaticana en el país. Por ejemplo, en 1916 la Santa Sede intervino en la crisis interna del catolicismo uruguayo mediante la designación del visitador apostólico José Johannemann, quien reorganizó la Iglesia tras la renuncia de Mons. Ricardo Isasa, el obispo en sede vacante (Greising, 2024, p. 49-104).

En paralelo, orientó a la jerarquía eclesiástica local y a los políticos católicos en el debate por la separación de la Iglesia y el Estado, en lo que fue un proceso conflictivo y complejo. El papa les encomendó a los nuncios dicha tarea, quienes – por estar suspendidas las relaciones entre el Estado uruguayo y el Vaticano y no haber delegado pontificio afincado en el país – debían trasladarse desde Buenos Aires a Montevideo.

En una muestra clara de cómo se manejaba la Santa Sede en cuanto a estrategias políticas, aconsejó en forma diferente a los católicos-políticos uruguayos en los debates constituyentes en relación con la separación de la Iglesia y el Estado. Para la máxima autoridad católica era evidente que el largo proceso de laicización iniciado en el país en 1861 hacía imposible la permanencia de la religión oficial en la constitución. Numerosos informes enviados por los nuncios al Vaticano daban cuenta de esa realidad, por lo que se decidió aconsejar en dos vías diferentes. A la Unión Cívica, partido católico fundado en 1911, se le solicitó defender el *statu quo* ante la asamblea constituyente, es decir, la permanencia del Estado Confesional; al Partido Nacional, cuyos votantes eran en buena medida católicos, pero también ciudadanos partidarios de la se-

paración entre Iglesia y Estado, se le envió instrucciones para aceptar la separación, entendida como un *mal menor*. En el espacio de negociación, los constituyentes blancos y católicos debían sacar el mejor rédito para la Iglesia católica. El resultado fue el art. 5 de la Constitución de 1917 que estableció el Estado laico, pero reconoció la propiedad eclesial de templos construidos con dineros públicos, así como las exenciones fiscales, garantizando ventajas significativas para la Iglesia católica (Greising, 2024, p. 41-49). La recomendación expresa del representante del papa era mantener la más absoluta reserva sobre a las directivas dadas a uno y otro sector político.

Tras la separación formal, los nuncios mantuvieron contactos directos con autoridades uruguayas. Se daba una situación particular, pues no existían relaciones diplomáticas activas entre el Vaticano y Uruguay; los nuncios – como se ha mencionado – estaban afincados en Buenos Aires, pero con estrechos vínculos con la jerarquía uruguaya. Lejos de tomar una actitud de repliegue al no tener ya el carácter de religión oficial, los representantes diplomáticos del papa siguieron planteando algunos desafíos a las autoridades civiles.

Por ejemplo, en noviembre de 1919 el nuncio Mons. Alberto Vasallo de Torregrossa fue recibido por el presidente de la república, Baltasar Brum, con motivo de la visita al país en el marco de la asunción de la nueva jerarquía católica de una Iglesia ya separada del Estado. Más adelante, en 1928 y 1929, el nuncio Mons. Felipe Cortesi mantuvo entrevistas con el presidente Juan Campisteguy y con el canciller Rufino T. Domínguez, con el propósito de explorar la posibilidad de reanudar los vínculos diplomáticos. Al año siguiente, durante la organización de los festejos del Centenario de la Independencia en 1930, surgieron nuevas expectativas para encauzar las negociaciones hacia la restauración de relaciones entre ambos Estados. Sin embargo, la presión del laicismo – liderada por el expresidente batllista Baltasar Brum, quien pocos años antes había recibido cordialmente al diplomático papal – frustró la iniciativa de asegurar una presencia pontificia en los actos conmemorativos. Si bien algunos de estos episodios alcanzaron notoriedad pública y suscitaron críticas, a partir de entonces se produjo un viraje decisivo en la estrategia vaticana: desde los años treinta, en un escenario político más favorable a los intereses del catolicismo, la cautela y la intervención en la arena política pasaron a definir de manera predominante la estrategia de actuación.

El viraje eclesial y el camino hacia la restauración de las relaciones diplomáticas

La muerte de José Batlle y Ordóñez en 1929 marcó el fin de la tregua política que había permitido cierta estabilidad bajo la Constitución de 1917. Este equilibrio, sostenido por el poder compartido entre el Consejo Nacional de Administración y la presidencia, se quebró al abrirse paso un escenario en el que los sectores conservadores comenzaron a fortalecerse. Las élites empresariales y agropecuarias, nucleadas en organismos como el Comité de Vigilancia Económica creado en 1929, se posicionaron como actores decisivos frente a la amenaza que representaba una nueva irrupción del reformismo batllista.

Esta corriente conservadora se alimentó de dos factores: por un lado, el rechazo al modelo institucional de 1917 y la demanda de un poder central fuerte; por otro, la necesidad de contener tanto el avance de las ideas comunistas – consideradas un “peligro de agitación estimulado desde fuera” (Caetano, Rilla, 2005, p. 152) – como las propuestas radicales del propio batllismo, cuya expresión más clara fue la que se condensó en una propuesta de monopolio estatal para la educación presentada en 1927 por los políticos batlistas radicales Julio César Grauert y Pedro

Ceruti Crosa². El contenido de la propuesta fue tildado por la oposición como el *plan batllicomunista* para la educación. A ello se sumó la crisis mundial de 1929 que erosionó la confianza en la democracia liberal y reforzó las posturas autoritarias, en sintonía con el ascenso del fascismo en Europa y las reacciones conservadoras en América Latina.

En este contexto, el golpe de Estado de Gabriel Terra en marzo de 1933 se convirtió en la expresión política de una tendencia conservadora que había madurado a lo largo de la década anterior como rechazo al batllismo. El movimiento que se consolidó reunió a distintos actores, desde las élites económicas hasta dirigentes políticos tradicionales, pero también incluyó a los católicos de derecha, en su mayoría votantes del Partido Nacional e identificados con el mencionado herrerismo. Este último sector se alineó con la estrategia de restaurar el orden y contener el reformismo, por lo que optó por integrarse al frente conservador que veía en el autoritarismo una vía legítima para frenar tanto el batllismo como el comunismo. Así, a partir de 1933, el conservadurismo uruguayo se configuró como un espacio heterogéneo pero cohesionado en torno a la defensa de un orden social y político contrario a las transformaciones impulsadas por el batllismo.

Los católicos agrupados en la Unión Cívica no apoyaron el golpe de Estado de Gabriel Terra ni tampoco se identificaron con los católicos herreristas. Los primeros tomaron distancia respecto de los segundos en varios asuntos, pero sobre todo en relación con el Franquismo. El papa Pío XII apoyó el régimen de Francisco Franco, a quien consideraba un cruzado contra el comunismo internacional, y Luis Alberto de Herrera no ocultó sus simpatías al régimen (Caetano, 2021, p. 48-70). En este sentido, una de las facetas de la militancia católica, sobre todo la herrerista, se asociaba a ese franquismo en cuanto anticomunismo; sin embargo, existió otra faceta, contrapuesta a la anterior, que tenía como base el pensamiento demócrata del denominado *humanismo integral* del teólogo Jacques Maritain, que encontró gran eco en los dirigentes de la Unión Cívica. Según afirma Etchechury, esa matriz democrática y plural parece haberse mantenido en sus rasgos esenciales durante las décadas siguientes. Sin embargo, el impacto de Maritain fue mínimo en los círculos oficiales de la jerarquía católica, pues “se mostraban entonces mucho más preocupados por el ‘avance de los rojos en España’ que por las amonestaciones exigentes del filósofo francés” (Rilla, 2020, p. 43-65).

Este contexto político de alianzas estratégicas a partir de la década de 1930 podría considerarse el antecedente del *viraje eclesial* que el historiador Mario Etchechury observó para el contexto de fines de los años cincuenta (Etchechury, 2004). De esta forma, varios episodios daban cuenta de un escenario favorable para la relación entre Estado laico-Iglesia católica uruguaya, lo que permitió nuevamente el planteo de la restauración de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

Precisamente, fue la visita que el cardenal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, le hiciera al presidente Gabriel Terra en su cargo de secretario de Estado del Vaticano el puntapié inicial que entusiasmó a los católicos para poner foco enérgicamente en lograr dicha reanudación. En su paso por el puerto montevideano camino hacia Buenos Aires para participar del Congreso Eucarístico de 1934 en aquella ciudad (Hernández, 2018, p. 87-115), Mons. Pacelli, en compañía del nuncio Felipe Cortesi y del arzobispo de Montevideo, recibió a bordo al presidente Gabriel Terra

² Grauert y Ceruti Crosa fueron dos políticos batllistas radicales que en 1927 publicaron el texto *Los dogmas, la enseñanza y el Estado* en el que defendían el monopolio estatal de la educación. La oposición consideró el contenido del texto como el “plan batllicomunista para la educación”.

y a una comitiva numerosa, entre ellos Felipe Ferreiro, subsecretario de Relaciones Exteriores. En el transcurso de la conversación, el presidente invitó al legado pontificio a visitar Montevideo en su viaje de regreso a Europa una vez finalizado el Congreso Eucarístico.

El 17 de octubre el cardenal Pacelli desembarcó en el puerto montevideano y participó en varios eventos, algunos religiosos y otros no. Por ejemplo, presidió la ceremonia de besamanos en la Catedral, depositó una ofrenda floral ante el monumento a José Artigas en la plaza Independencia, pero también se entrevistó con el presidente, esta vez en su domicilio particular, reunión en la que participó el ministro de Relaciones Exteriores Juan José de Arteaga. Luego visitó el Palacio Legislativo, donde fue recibido por el presidente de la comisión de Asuntos Internacionales, el herrerista Eduardo Víctor Haedo (Hernández, 2018, p. 110). Ese día se cerraron los bancos y comercios durante la mañana como homenaje a la presencia del legado pontificio (Arteaga, 1987, p. 50).

Según el diario católico *El Bien Público*, más de cien mil almas se habían convocado en torno a la figura del cardenal Pacelli, aunque el diario *El Día* le quitó todo protagonismo al señalar que era “bueno llamarse a la realidad y no darle trascendental carácter a lo que fue simplemente una visita de viajero de excepción” (Hernández, 2018, p. 111).

Algunos años después, el entonces exministro Arteaga publicó en *El Bien Público* un artículo en el que recordaba su visita al cardenal Pacelli en el Vaticano y cómo este había quedado impresionado con el presidente Gabriel Terra. Allí el aún secretario de Estado del Vaticano Pacelli le expresaba lo siguiente:

El presidente Terra es muy bondadoso; pero la providencia vela. El Uruguay salvó así a la América del Sur de caer en la desolación de nuestra querida España. Varias veces hemos destacado su ejemplo de tacto y de firmeza ante el comunismo que amenaza a la civilización cristiana de 20 siglos. Después de aquellos actos de fe espontáneos y extraordinarios del congreso eucarístico de Buenos Aires, ¿cómo iba a dejarnos abandonados la divina providencia? ¡Cuánta fe, cuánta fe hay en vuestras tierras! (*El Bien Público*, 27 de octubre de 1938).

También le comentó que en aquel encuentro en Montevideo habían conversado “afablemente como viejos amigos” y que estaba “de brazos abiertos para estrechar nuestra amistad con Uruguay”. Además, Mons. Pacelli aprovechó la ocasión para pedirle a Arteaga que “salude al gran presidente Terra con mi mayor cordialidad y asimismo a su señora esposa, fuente callada y eficaz de caridad. Dígale que la recordamos mucho por aquí” (*El Bien Público*, 27 de octubre de 1938).

El testimonio de Pío XII sobre Gabriel Terra, recogido en el diario católico en 1938, resultaba revelador en cuanto a las afinidades entre la política conservadora uruguaya y la visión de la Santa Sede en plena década de 1930. Pacelli presentaba a Terra como un “gran presidente” dotado de “tacto y firmeza” frente al comunismo, al que describía como una amenaza existencial contra “la civilización cristiana de veinte siglos”. Este lenguaje formaba parte de la narrativa del Vaticano de esos años que interpretaba los procesos políticos a la luz de una confrontación entre cristianismo y comunismo y donde los regímenes autoritarios que frenaban la expansión de la izquierda eran vistos como aliados potenciales.

El contraste con España es especialmente significativo: Pacelli afirma que la *providencia* permitió a Uruguay evitar la *desolación* de la guerra civil española, conflicto que la Iglesia había interpretado en términos de una cruzada contra el ateísmo comunista. En este sentido, Uruguay es presentado como un *ejemplo* para América del Sur, capaz de preservar la fe y el orden social

frente a la amenaza revolucionaria. Terra aparecía entonces como una figura providencial, un gobernante que encarnaba el mismo papel que, para la Iglesia, desempeñaba Franco en España: líderes autoritarios legitimados por su capacidad para salvaguardar el catolicismo. A pesar de que Terra era colorado y masón.

El tono personal y cordial del recuerdo (“conversamos afablemente como viejos amigos”) refuerza esa sintonía ideológica, así como una relación de confianza entre el representante de la Santa Sede y el presidente uruguayo. La mención elogiosa a la esposa de Terra, María Marcelina Ilarraz Miranda, como “fuente callada y eficaz de caridad” también cumplía una función política, al presentar a la familia presidencial como ejemplo de virtudes católicas.

De esta forma, el recuerdo de Pío XII sobre Terra podía leerse como una expresión de la convergencia entre el autoritarismo conservador uruguayo y la política vaticana de los años treinta, que el sector conservador del catolicismo representado en su jerarquía aprovechó.

Varios fueron también los testimonios del arzobispo de Montevideo Francisco Aragone en relación con el *viraje eclesial* a partir de la llegada al poder de Gabriel Terra y acerca de la división de los católicos en ese período.

Por ejemplo, en un memorándum redactado en 1938 para el nuncio, Aragone recordaba que una vez superada

(...) la época de intolerancias y persecuciones bajo el predominio de un partido político, el batllismo, esencialmente antirreligioso, que impregnaba el ambiente político del país con toda clase de calumnias y denuestos contra la Iglesia y sus ministros, especialmente a través de su diario El Día [...], encontramos en el Dr. Gabriel Terra, presidente de la República, al hombre dispuesto a realizar un acercamiento definitivo y amplio hacia la Iglesia. (ASV, Fondo Affari Ecclesiastici Straordinari, Pos. 94)

No obstante, señalaba también que el propio Terra solía manifestar reiteradamente: “Consigala, Mons. Aragone, que cese la persistente campaña contra el gobierno emprendida por el diario católico, y que desaparezca el partido político que agrupa a una parte de los católicos, y yo complaceré todas sus demandas y deseos”. Este comentario aludía de manera explícita a la postura contraria de los dirigentes de la Unión Cívica (ASV, Fondo Affari Ecclesiastici Straordinari, Pos. 94).

Asimismo, Aragone expresaba este viraje en una carta enviada al secretario de Estado del Vaticano, Mons. Maglione, el 7 de mayo de 1939, donde afirmaba el “cambio fundamental que se operó en la vida política de la república, y un ambiente de tolerancia y comprensión sustituyó al del fiero jacobinismo” durante la presidencia de Terra. Del mismo modo, relataba que en una de las tantas oportunidades en las que conversó con el presidente sobre la reanudación de relaciones diplomáticas con la Santa Sede, este le aseguró: “Quien me suceda realizará la obra, pues dejé el camino bien preparado, y cualquiera de los dos candidatos que triunfen en la contienda electoral resolverá la continuación de relaciones con la Santa Sede” (ASV, Fondo Affari Ecclesiastici Straordinari, Pos.94).

Más allá del tono conciliador de estos testimonios, resultaba evidente que Mons. Aragone buscaba presentar la figura de Terra como un punto de inflexión en la historia de las relaciones entre Iglesia y Estado en Uruguay. Su insistencia en el *cambio fundamental* y en la *tolerancia* contrastaba con las décadas de enfrentamiento entre el batllismo y la jerarquía católica, y ponía de relieve el *viraje clerical* que no solo respondía a gestos presidenciales, sino también a la

voluntad de la Iglesia de reposicionarse en el escenario político nacional. Sin embargo, la observación y casi condición de Terra en relación con la eliminación de la campaña periodística del partido católico (la Unión Cívica) revelaba hasta qué punto ese acercamiento estaba atravesado por tensiones y exigencias determinadas. En este sentido, los dichos de Aragone mostraban tanto la posibilidad de una reconciliación duradera como la fragilidad de una alianza que dependía, en última instancia, de la conveniencia política del presidente.

Tal como Terra se lo había anunciado al arzobispo, la política de acercamiento con la Iglesia católica fue continuada por el sucesor en la presidencia de la república, el arquitecto Alfredo Baldomir, también integrante del Partido Colorado, funcionario durante la dictadura *terrista* y cuñado del expresidente. Precisamente fue en el marco de este contexto de tregua entre la Iglesia y el Estado que se produjo la visita en noviembre de 1938 de un nuevo nuncio, Mons. Giuseppe Fietta, esta vez para presidir, junto al cardenal Santiago Luis Copello designado por el papa Pío XI como legado pontificio, el Tercer Congreso Eucarístico Nacional. Ambos fueron recibidos con honores de jefe de Estado por parte de las más altas autoridades civiles del país, como el mismo presidente Baldomir, el ministro de Relaciones Exteriores Dr. Alberto Guani y el intendente Horacio Acosta y Lara, entre otros.

El III Congreso Eucarístico Nacional (Greising, 2023, p. 445-458) fue uno de los eventos multitudinarios más significativos organizados por el catolicismo uruguayo en la primera mitad del siglo xx. A contramano de lo que podría suponerse, en un país en donde la visión laicista había sido la preponderante, más de trescientas mil personas salieron a las calles a expresar o bien participar en los eventos organizados en torno a la devoción del *Jesús Sacramentado*.

La realización del Congreso Eucarístico generó entusiasmo y optimismo en filas católicas, ya que varios resortes del Estado laico fueron puestos al servicio de la Iglesia para su realización. Algunas de las instituciones oficiales que brindaron expreso apoyo fueron la Junta Departamental de Montevideo, la Policía, la Guardia Republicana y Metropolitana y los Bomberos. El apoyo también se expresó en la presencia de autoridades oficiales en los eventos religiosos, situación que rompía con las posturas tomadas por los gobiernos anteriores y que mostraba a las claras los nuevos vínculos entre las instituciones, expresión del viraje clerical.

El arzobispo de Montevideo, Mons. Francisco Aragone, le expresó al nuncio – en una de las tantas cartas que le envió y a propósito de la organización del congreso – que el presidente le había comentado que provenía de una familia católica, que siempre había sentido los principios de la fe y que “por tradición democrática e historia se proponía respetar y proteger la religión católica, ya que la patria le debía a ella y no a otra, infinidad de favores” (AAV, Nunziatura apostolica in Uruguay, Mons. Giuseppe Fietta, Fasc. 34, 1900-1939).

Se proponía, por esa tradición católica que lo rodeaba, a apoyar al congreso al punto de expresarle al arzobispo que recurriera a él directamente para todo lo relacionado con la ayuda para su realización.

La participación de las autoridades civiles en el evento religioso y el trato brindado por el gobierno al legado pontificio provocaron reacciones dispares en el elenco político. Por ejemplo, el diputado Emilio Frugoni del Partido Socialista propuso en la sesión efectuada el 7 de noviembre en la Cámara de Diputados que se invitara a concurrir al recinto al ministro de Relaciones Exteriores Alberto Guani, para dar explicaciones sobre los actos oficiales relacionados con la visita del cardenal Copello y sobre los propósitos del Poder Ejecutivo de reanudar relaciones con el Vaticano. Para Frugoni, este llamado era apropiado por parte de alguien temeroso del

incumplimiento de la neutralidad religiosa que obligaba a los poderes públicos en el marco de un Estado laico. Para el diputado, una vez separada la Iglesia y el Estado, nada justificaba la participación de autoridades en actos religiosos. Sin embargo, la votación a la interpelación fue rechazada por 55 votos a favor y 9 en contra. Uno de los legisladores de la facción del partido de gobierno de Terra que votó a favor de la interpelación fue el diputado Julio Iturbide, ante el temor de que en esta sucesión de actos el espíritu público interprete que el Estado se solidarizaba con determinada religión (AAV, Nunziatura apostólica in Uruguay, Mons. Giuseppe Fietta, Fasc. 34, 1900-1939).

Para el legislador colorado *blancoacevedista*³ Armando Pirotto, el Poder Ejecutivo había dado muestras de respeto y tolerancia y estaba muy lejos de haber claudicado un ápice al laicismo. Dardo Regules (Unión Cívica) también opinó sobre el asunto. Desde su óptica, la reanudación de las relaciones debía permanecer al margen del parlamento, ya que ese resorte dependía exclusivamente del Poder Ejecutivo. Además, entendía que el cardenal Copello había sido tratado como un huésped ilustre, siguiendo la posición de varios países del mundo en cuanto a reconocer la representación de los cardenales de la Iglesia católica (La Nación, 8 de noviembre de 1938).

Para la jerarquía eclesiástica y amplios sectores del laicado, el Congreso Eucarístico de 1938 constituyó una demostración palpable de que el catolicismo aún mantenía una capacidad significativa de convocatoria pública, capaz de congregar multitudes en un país definido constitucionalmente como laico. Ese capital simbólico reactivó expectativas en torno a la posibilidad de restablecer relaciones diplomáticas con la Santa Sede, interpretándose como un signo de revitalización de la presencia católica en el espacio público.

Desde el plano político el evento también adquirió una lectura estratégica diferenciada. Para el herrerismo, levantar la bandera de la reanudación de vínculos con el Vaticano operaba en una frontera difusa: por un lado, representaba los intereses religiosos de buena parte de su electorado – en particular de las mujeres católicas, recientemente incorporadas al padrón electoral –; por otro, significaba reposicionar al partido en torno a valores tradicionales en un escenario de creciente polarización ideológica. Para sectores del gobierno colorado, en cambio, la aproximación a la Santa Sede se asociaba a la conveniencia de estrechar lazos con un aliado central del anticomunismo en un contexto internacional marcado por las tensiones previas a la Segunda Guerra Mundial.

En este escenario políticamente propicio, tras el Congreso de 1938, los actores involucrados – eclesiásticos, políticos y diplomáticos – desplegaron sus estrategias en favor, y en firme convicción, de la recomposición de los vínculos entre Uruguay y el Vaticano. Una vez más la cuestión religiosa desbordó el ámbito estrictamente confesional para instalarse en la esfera pública y en la arena política y movilizó a diversos actores sociales. Mujeres católicas organizadas, muchas de ellas con trayectoria militante; representantes de los partidos tradicionales; la jerarquía eclesiástica y la diplomacia vaticana coincidieron en promover la reanudación de relaciones, aunque lo hicieron persiguiendo objetivos que no siempre fueron convergentes ni consensuados.

El análisis detallado de estos cruces de intereses revela de qué manera el tema religioso funcionó como un espacio de negociación y disputa, situado en la intersección entre religión y política y atravesado por el clima de tensiones ideológicas de la época.

³ Se denominó así al grupo político liderado por Eduardo Blanco Acevedo, del Partido Colorado cercano al terrismo (consuegro de Gabriel Terra).

La reanudación de los vínculos con la Santa Sede, entre la propaganda y la cautela

Desde el Vaticano se proponía una negociación silenciosa, alejada de la palestra pública, entendida como la vía más segura para lograr el éxito en el objetivo, dadas las condiciones políticas favorables. Estaban dispuestos a que nada obstaculizara los buenos augurios para negociar la restauración de vínculos. En forma reiterada el nuncio le expresaba al arzobispo que

era necesario que toda acción se limite estrictamente a obtener el restablecimiento de dichas relaciones y no forjar el ambiente de exigencias a fin de que la Santa Sede tome después sus decisiones y estas sean recibidas con la tranquilidad de espíritu (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36).

Sin embargo, hubo expresiones públicas alejadas de las intenciones de cautela de la Santa Sede. El movimiento más *ruidoso* por la restauración de los vínculos diplomáticos provino de un grupo de mujeres católicas, lideradas por Margarita Uriarte de Herrera, quien fuera presidenta de la Liga de Damas Católicas del Uruguay por más de diez años y esposa del líder político nacionalista Luis Alberto de Herrera. Con el apoyo de sus pares argentinas organizaron la Campaña pro-restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el Vaticano y aprovecharon el contexto favorable de la propaganda del Congreso Eucarístico de 1938 para hacer públicos sus reclamos. En el folleto que comenzó a circular con el título “Comité argentino-uruguayo pro III Congreso Nacional Eucarístico de 1938” manifestaron que el gobierno ya había dado pruebas del “espíritu de cordialidad con el representante de la iglesia Romana” en ocasión del encuentro en 1934 entre el cardenal Eugenio Pacelli y Gabriel Terra, por lo que “un gesto sencillo del gobierno actual de la república, por ejemplo, la designación de un ministro o un encargado de negocios o un simple delegado confidencial, bastaría para preparar o estrechar de nuevo, de forma normal, los vínculos amistosos con el Vaticano”. Además, se indicaba que el gobierno, al rendirle honores al legado pontificio, daba una muestra clara del ambiente favorable para el inicio de acciones concretas (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36).

Las católicas tenían una larga trayectoria en la realización exitosa y eficaz de campañas públicas en defensa de sus intereses. Lo habían demostrado a lo largo de los 28 años en que formaron parte de la Liga de Damas Católicas del Uruguay y su entramado de redes de caridad y educación religiosa en toda la república. En esta ocasión, como se ha mencionado, las mujeres que integraban el comité tenían como líder a Margarita Uriarte de Herrera, mujer experimentada en la gestión de asuntos para la causa. Sin embargo, esta vez los obstáculos en la obtención de sus objetivos no vinieron del frente anticlerical, como antaño, sino de la misma Santa Sede, que no vio con buenos ojos esta campaña pública y su difusión.

No obstante, la movida pública de las señoritas había hecho eco en la prensa. Por ejemplo, el diario *El País* del 27 de octubre expresaba al respecto:

Ocurre sin embargo que en la presente oportunidad el conjunto de distinguidas damas, porque este es el caso, que propicia la reanudación de relaciones aludida ha comenzado a caracterizar por motu proprio en forma bien expresa, su filiación política asumiendo con ello, una forma deliberada y consciente, una actitud semejante a la de mostrar especial preocupación por colocar, digámoslo así, un postulado, un gallardate partidista. Y en estas condiciones la iniciativa, cuyos propósitos fundamos inobjetables, nos resulta equivocada en su planteamiento. Uno el Estado, una la Iglesia, como es la frase de Cavour. Se ve que esta iniciativa es mezclar la religión con la política, de esta forma la causa pierde jerarquía (*El País*, 27 de octubre de 1938).

El diario herrerista *El Debate*, por su parte, entendía que el tema sí le pertenecía al gobierno porque era un tema político, más allá de que el movimiento hubiera sido iniciado por un grupo de damas católicas y que desde esas filas, en general católicas, se entendiese que el asunto debía quedar sometido para su solución a autoridades eclesiásticas. Así lo expresaban:

Si se intentara levantar la primacía de los dignatarios religiosos para pesar las decisiones de los legisladores y gobernantes, la iniciativa estaría condenada al fracaso rotundo, pues en un Estado que no profesa religión alguna, los agentes de la fe no tienen otra injerencia oficial que el prestigio moral emanado de su propio ministerio. Será pues por la ruta de la ecuanimidad y tolerancia que priman en la mayoría de los legisladores, la solución y esa conquista para la Iglesia católica, concretando una aspiración latente en buena parte de la opinión nacional (*El Debate*, 28 de octubre de 1938).

También el provincial de los jesuitas, en paralelo al movimiento de las mujeres, se sumó a la campaña de propaganda pública por la renegociación de las relaciones diplomáticas. En una carta que le envió al nuncio también le expresaba que la situación política era propicia para la negociación, sin embargo “se requería mucho tacto para la política que divide...”. En la misiva le comentaba que estaba organizando un comité con los personajes más representativos del catolicismo uruguayo de todos los partidos para promover un movimiento en el país. La estrategia inicial sería solicitar al electo presidente Alfredo Baldomir – el mismo día de su asunción a la presidencia – la reanudación de las relaciones con la Santa Sede. La respuesta del nuncio fue contundente: “Tal movimiento adquiriría un carácter de imposición, lo cual no parece oportuno, siendo mucho mejor que las cosas procedan normalmente...” (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36).

A pesar de estas recomendaciones, fue inevitable que hacia octubre de 1938, el mes previo a la realización del congreso, la campaña a favor de la reanudación de relaciones alcanzara una amplia difusión pública y varios medios de prensa se hicieron eco. Había trascendido que el gobierno daría un especial tratamiento al legado pontificio y que como parte de la agenda del Congreso se habían previsto varios actos con la presencia de autoridades civiles. Ante esta situación, la Santa Sede reaccionó y no demoró en dar directivas. El nuncio le envió una carta a Mons. Aragone donde le expresaba:

Como sabemos lo que el gobierno ha resuelto hacer en honor al legado pontificio y conocemos también sus buenas disposiciones respecto al anhelo que a todos nos anima, me ha parecido conveniente hacerles saber que desistan de todo movimiento en ese sentido pues podría resultar contraproducente (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36).

Las primeras en ser silenciadas fueron las mujeres, pues uno de los pedidos expresos al arzobispo fue el de persuadir a las señoras católicas de desistir de la campaña; y, al mismo tiempo desde las esferas del gobierno se le había solicitado lo mismo. El secretario de la presidencia del gobierno de Alfredo Baldomir, Arturo Terra Arocena, le expresó a Aragone que “tranquilice la campaña de las mujeres en pro del restablecimiento de las relaciones con la Santa Sede” (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36).

En carta del 28 de octubre dirigida al nuncio, Mons. Aragone le informaba sobre la reunión que mantuvo “con algunas damas inmiscuidas en la iniciativa de reanudar las relaciones con la Santa Sede”. La principal promotora del proyecto, Margarita Uriarte de Herrera, habría acep-

tado la solicitud de desistir de la campaña pública y, en su lugar, confiarían las negociaciones a los diputados de su sector político, los herreristas. Uriarte, como militante de ese grupo, estaba al tanto de que los representantes de su sector presentarían en la Cámara una minuta dirigida al presidente de la república, en la que le plantearían el tema de la reanudación de los vínculos diplomáticos con la Santa Sede. Los ecos del congreso al parecer seguían resonando fuerte. El arzobispo culminaba su carta expresándole al nuncio, tal vez con cierta tranquilidad, que las damas finalmente “se habían llamado al sosiego” (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36).

Las estrategias en la arena política

La reanudación de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, tal como lo expresó el diario *El Debate*, era por sobre todo un tema político, más allá de un asunto que involucraba a la Iglesia católica. Ya se ha indicado la postura favorable del presidente de la república Alfredo Baldomir, quien la exteriorizó a través del apoyo que brindó a la realización del Congreso Eucarístico. Sin embargo, esta postura no era compartida por todos sus correligionarios del Partido Colorado y mucho menos por los batllistas.

Por ejemplo, el diario *La Mañana*, portavoz del grupo político del presidente, publicó varios artículos en los que cuestionaban la postura del mandatario en el asunto, por su supuesto ateísmo. En un artículo del 12 de noviembre de 1938 se decía que la reanudación de vínculos era un error y obedecía a “politiquería”. Para este diario la idea obedecía al interés del dos o tres por ciento del electorado nacional, haciendo alusión a los votantes de la Unión Cívica. Esta afirmación provocó, un tiempo después, la respuesta del líder nacionalista Alejandro Gallinal, quien desde esas mismas páginas recordó:

La Mañana ignora que una cosa es la Unión Cívica, partido político integrado por católicos, y otra cosa muy diferente es la masa católica del país. El primer grupo es un dos o tres por ciento del electorado nacional y significa por ende una masa de opinión numéricamente reducida. El segundo integrado por apolíticos o por políticos vinculados a otras tradiciones o tendencias ha demostrado en oportunidad de las ceremonias del congreso eucarístico, ser inmensamente mayor de los que muchos sospechaban (La Mañana, 12 de diciembre de 1938).

Por supuesto, los batllistas estaban en contra de la reanudación y de todas las muestras de apoyo a la Iglesia católica por parte del gobierno de Baldomir, en particular el Congreso Eucarístico y la presencia de autoridades en el evento. Así se expresaba desde una de sus columnas:

Las ceremonias del congreso han ofrecido al observador desapasionado un carácter inusitado en nuestro medio, sobre todo el espectáculo de la niñez sometida a disciplinas cuyos alcances deben escapar al discernimiento, pero que muchos de ellos dejan huellas difíciles de anular. Si lamentablemente resulta que los padres o encargados de la formación espiritual y cultural de los niños entren por esa vía cuando se trata de particulares, cuando este se produce por instituciones oficiales resulta verdaderamente repudiabile. Por violatorio a la neutralidad que el Estado debe observar respecto de los problemas religiosos y, por contrario a la libertad de pensamiento, que debe merecer mayor cuidado cuando se trata de la maleable mentalidad infantil (El Día, 9 de noviembre de 1938).

En cuanto al tema específico de las relaciones diplomáticas, el batllismo se oponía por tres motivos: entender que favorecía políticamente al herrerismo, considerar que no había razones para retomar el vínculo y, sobre todo, por ofender la conciencia liberal del país.

El órgano oficial del Partido Comunista, el diario *Justicia*, en su edición de noviembre de 1938 publicó un artículo en el que expresaba que, si bien la catolicidad uruguaya le quedaría agradecida a Baldomir, no debería mezclar a la opinión pública con esa “clerizante tilinguería” en la que coincidían con los “seniles afanes reaccionarios de Herrera”. Afirmaba que el accionar del gobierno en relación con el congreso y su apoyo había roto la tradicional neutralidad religiosa, como lo había hecho Campisteguy, el entonces presidente, al participar del Te Deum por la firma de los tratados de Letrán y, como más adelante lo hiciera Gabriel Terra, al recibir al legado pontificio, futuro Pío XII. Finalizaba el artículo en tono irónico: “las alturas del gobierno se vieron invadidas por el revuelo de las sotanas” (*Justicia*, 13 de noviembre de 1938).

Los medios de prensa se hacían eco del tema del momento, al igual que el parlamento y el ámbito del Poder Ejecutivo. Era evidente que el herrerismo hacía cada vez más propia la campaña a favor de la reanudación de los vínculos diplomáticos con la Santa Sede; ello determinó una puja política entre ese grupo político y el elenco gobernante por llevarse el logro del inicio de las negociaciones. El Ministerio de Relaciones Exteriores emitió, el 31 de octubre de 1938, un comunicado que fue publicado por la prensa local un día antes del inicio del congreso y en el que se explicitaba la intención del presidente y el ministro de tratar el tema “tomando en cuenta la aspiración de la opinión pública” (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36). El arzobispo hizo llegar de inmediato el comunicado al nuncio, quien a su vez informó a la Secretaría de Estado del Vaticano. El titular Mons. Tardini envió, como respuesta al comunicado de presidencia, un telegrama en el que el papa había dispuesto acoger “el pedido del gobierno de la reanudación de las relaciones diplomáticas” (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36, p. 25). Resultaba llamativo que se empleara el término “pedido”, a lo que el presidente calificó de “intención de tratar el tema”.

Efectivamente, el herrerismo tenía en carpeta un proyecto de ley, redactado por los legisladores Miguel Pringles y Ángel María Cusano, considerado por buena parte del elenco político, incluso los defensores —no herreristas— de la reanudación de los vínculos, como un mero acto de captar votos. El proyecto herrerista fue presentado en la Comisión de Asuntos Internacionales entre mediados de noviembre y principios de diciembre; el ministro Guani participó en algunas de sus sesiones. Incluso se redactó un proyecto de minuta en el que la Cámara de Representantes hacía saber al Poder Ejecutivo que se complacería en que este hiciera efectivas las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Sin embargo, la minuta no se aprobó ni el proyecto herrerista se trató en la cámara. Al parecer, la balanza política se inclinaba cada vez más hacia el Poder Ejecutivo: según el comunicado que hizo público en los medios, el tema estaba en su órbita y era intención resolverlo.

El empuje final

Entre diciembre de 1938 y marzo de 1939 no hubo ningún avance significativo en relación a las negociaciones con la Santa Sede. Todo hacía pensar que el entusiasmo generado por el Congreso Eucarístico se dilataba. Sin embargo, en ese mes de marzo, un nuevo y definitivo empuje se dio a las negociaciones, a raíz de una reunión clave solicitada por el Arzobispo al ministro de

Relaciones Exteriores Guani, “para salir del estancamiento”. En esa entrevista el ministro le habría dicho a Mons. Aragone “tenemos todo resuelto” (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36).

A partir de lo expresado por el ministro en la reunión mencionada, se abrió, efectivamente, un nuevo escenario de negociación en marzo de 1939. Allí le planteó las posibles salidas legales de parte del Poder Ejecutivo. Mons. Aragone cumplía el rol de intermediario con la Santa Sede, a través del nuncio, quien era el que tomaba las decisiones dada la creciente desconfianza que se generaba en torno del arzobispo.

Una vez más, como había ocurrido en otros episodios claves para la Iglesia católica, su interna presentaba severos conflictos y discrepancias. Si bien excede a los objetivos de este trabajo profundizar en esos conflictos, sí cabe señalar que Mons. Aragone fue perdiendo prestigio y credibilidad no solo entre sus pares, sino también en el Vaticano, lo que incidió en la gestión de estas negociaciones. En forma simultánea, el obispo coadjutor designado precisamente para supervisar de cerca al arzobispo, Mons. Antonio Barbieri, fue adquiriendo cada vez más relevancia y protagonismo público.

El ministro Guani reveló en dicha reunión las dos posibles estrategias del Poder Ejecutivo: por un lado, la redacción de un decreto firmado por el presidente de la república que restableciera expresamente los vínculos diplomáticos; por otro, la elaboración de un proyecto de ley que sería presentado ante las cámaras por el propio Ministerio de Relaciones Exteriores. En realidad no se estaba pensando en un proyecto específico de Uruguay y el Vaticano, sino que la reanudación de las relaciones diplomáticas quedaría contemplada dentro de una propuesta amplia de reorganización y puesta a punto de los destinos diplomáticos en general del país. Por ese motivo, el proyecto planteaba en forma gradual la situación: primero la designación de un ministro plenipotenciario en misión extraordinaria y luego la designación de un encargado de negocios *ad interim* que se uniría a una de las legaciones ya existentes en Europa. En ningún caso se preveía el establecimiento de una embajada del Uruguay en el Vaticano, pues no existían los recursos financieros para ello. El ministro también se mostró temeroso en la reunión por las posibles demoras de la aprobación del proyecto en el parlamento: “Si se espera por el parlamento pasarán meses... y así la discusión se alargará en forma indefinida” (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36).

El ministro Guani le adelantó al arzobispo que la persona idónea para ocupar ese rol de ministro plenipotenciario era el Dr. Joaquín Secco Illa en razón de su prestigio y, sobre todo, de la gran confianza que inspiraba, incluso entre los herreristas, sus adversarios políticos. Mons. Aragone comunicó de inmediato a la Santa Sede lo conversado, información que fue muy bien recibida, en particular la posibilidad de que sea Secco Illa el primer representante ante el papa (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36, 1938). No era un dato menor que un presidente colorado y masón como Alfredo Baldomir pensara en un hombre de larga trayectoria en la militancia católica. En este sentido, su correligionario en la Unión Cívica, Dardo Regules, no desestimó la oportunidad de realzar la figura de Secco Illa y de su partido. En una carta enviada al nuncio le expresaba los siguientes:

Antes de cerrar estas líneas ha de perdonarme una confiada ilusión de combatiente, con la que quiere compensar el dolor de muchas heridas que deja el combate. Esta reanudación hubiera tenido un punto menos neutral si el primer embajador hubiera sido blanco o colorado, sacado de la contienda política ardua y difícil. Y quiero creer que la Unión Cívica ha permitido sustraer a un buen número de católicos el desgaste de la

pugna tradicional, y en los grandes momentos, tenemos hombres como Secco Illa que todos saludan, sin una sola discrepancia como figura levantada hasta el nivel de un valor nacional (AAV, Ripresa delle relazioni diplomatiche, Pos. VIII, Fasc. 36, 1938).

Luego de esa reunión, los hechos se desencadenaron rápidamente. El Poder Ejecutivo consideró adecuada la vía del decreto, por lo que el 21 de abril de 1939 el presidente Alfredo Baldomir y el Ministro Guani firmaron el siguiente texto:

Habiendo decidido el Poder Ejecutivo continuar con sus relaciones diplomáticas con la Santa Sede, por los motivos expresados en el mensaje dirigido a la Asamblea General, con fecha 1 de febrero de este año, y siendo conveniente designar un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Misión Especial, ante el Sumo Pontífice con el fin de proceder a los arreglos necesarios que permitan el establecimiento de una recíproca representación diplomática, EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ACUERDA Y DECRETA: Art. 1 Nómbrase Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Misión Especial – a los fines indicados – al doctor Joaquín Secco Illa. Art. 2 Nómbrase secretario de dicha misión al Sr. Gustavo Rey Álvarez⁴. Art. 3 Expídanse los documentos del caso, comuníquese, publíquese, etc.

Secco Illa arribó al Vaticano el 26 de mayo, casi un mes después de firmado el decreto, con el objetivo de instalar la misión diplomática uruguaya. Se reunió con los más altos funcionarios, desde el titular de la Secretaría de Estado Mons. Luis Maglione y el subsecretario Mons. Bautista Montini, hasta el titular de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos, Mons. Domenico Tardini. Por otra parte, el arcipreste de la Basílica de San Pedro, el cardenal Federico Tedeschini, lo ayudó a dar los primeros pasos en la conformación de la legación, que instaló en forma provisoria en un hotel romano: el Grand Hotel. Como buen diplomático se aseguró de que las noticias vinculadas con ambos Estados fueran recogidas por la prensa vaticana, asunto que le aseguraron los directivos del *Observatorio Romano*.

El 20 de junio tuvo lugar la ceremonia de presentación de credenciales ante el papa. Ese día Secco Illa asistió al Palacio Apostólico acompañado por el secretario Gustavo Rey Álvarez y el agregado Juan Luis Secco García. Con el cortejo correspondiente pasó a la sala donde lo esperaba su santidad Pío XII. Tras la lectura de su discurso, hizo entrega de las credenciales y el papa, respondiendo en español, lo invitó luego a su despacho privado. En los días siguientes fue visitado por Mons. Felipe Cortesi, exnuncio en Buenos Aires, con quien tenían una amistad de varios años. Más adelante, a fines de agosto, el papa lo recibió nuevamente. En esta oportunidad junto con su familia en la residencia de verano de Castel Gandolfo, ocasión en la que confirmó que pronto sería designada la persona que ocuparía la nunciatura de Montevideo.

El 3 de setiembre, en telegrama al ministro de Relaciones Exteriores, Secco Illa comunicó que, habiéndole confirmado su santidad y la Secretaría de Estado la solicitud del acuerdo para la designación del nuncio para Uruguay, daba por terminada la misión especial encomendada por el gobierno. Tal como lo establecía el decreto, en su lugar quedaba el de la legación como encargado de negocios.

En tiempo récord Secco Illa organizó la embajada uruguaya ante el Vaticano – algo más de tres meses le tomó – y trabajó por la instalación de la nunciatura en Uruguay. Precisamente, el primer nuncio, Mons. Alberto Levame, arribó a Montevideo el 15 de enero de 1940 en un contexto de tregua momentánea en relación con los vínculos Iglesia-Estado.

⁴ Gustavo Rey Álvarez era el segundo secretario de la embajada de Uruguay en el Reino Unido.

Los años siguientes a su llegada estuvieron marcados por el neobatllismo y un nuevo viraje en los vínculos con la Iglesia católica. Este período coincidió con la designación del nuevo embajador ante la Santa Sede y este asunto no estuvo fuera de la preocupación de la jerarquía católica. Por ejemplo, tal como se lo expresó el nuncio al secretario de Estado, la posible victoria del batllismo en las elecciones de 1946 podía ser un problema para designar embajador. Si bien los hechos demostraron que hubo designación, desde la óptica del nuncio el mismo presidente y el Ministerio de Relaciones Exteriores tomaron una posición de “la más absoluta indiferencia y hostilidad hacia el nuevo embajador” (AAV, Nunziatura apostolica dell’Uruguay, Archivio di Mons. Levame, Titolo V, Governo, Art. 5, Pos. 2–6).

El escenario político a propósito de los vínculos con la Iglesia católica había cambiado una vez más. El electo presidente Tomás Berreta generaba sospechas por su postura ideológica batllista, considerada próxima al comunismo. Por tal razón entendía que el mandatario identificaba al Vaticano y al papa Pío XII “como un baluarte seguro contra el comunismo”, por lo que se oponía a todo lo que tuviera relación con dicho Estado.

A partir del regreso de Secco Illa a Uruguay, y luego de su eficiente labor, la provisión del cargo de embajador ante el Vaticano se transformó en un terreno de fricción y disputa. Las negociaciones ponían en evidencia no solo la dificultad de conciliar posiciones, sino también el dilema de cómo debía vincularse un Estado laico con un Estado confesional. No faltaron críticas: se rechazaba la afinidad con el discurso papal y se cuestionaba si el rito realizado por Arturo Carbonel Debali –designado embajador– en la tumba de Pedro respondía a un acto institucional o a una devoción personal.

Este episodio, lejos de ser menor, se inscribía en el nuevo escenario abierto con el retorno del batllismo al gobierno. Sin embargo, el posterior *viraje eclesial* durante el colegiado blanco y el avance del herrerismo en la década de 1950 revelaron que las tensiones entre Estado e Iglesia no solo se mantuvieron, sino que adoptaron nuevas formas. Más que un conflicto circunstancial, estos acontecimientos permiten interpretar la disputa acerca de la representación diplomática como un reflejo de un proceso histórico más profundo: la redefinición de los límites entre lo político y lo religioso en el Uruguay del siglo XX.

Reflexiones finales

A lo largo de este trabajo se ha mostrado cómo la Santa Sede desplegó en Uruguay una estrategia diplomática caracterizada por la cautela y el bajo perfil, lo que le permitió alcanzar sus objetivos aun en un contexto de laicidad radical. Desde la crisis interna de la Iglesia uruguaya en 1916 hasta la normalización de relaciones diplomáticas en 1939, el Vaticano supo intervenir de manera discreta pero efectiva, activando influencias invisibles que atravesaron tanto la esfera religiosa como la política.

El análisis revela que la diplomacia vaticana logró adaptarse a los vaivenes de la política nacional, aprovechando coyunturas favorables y evitando confrontaciones directas. Resulta especialmente significativo que, en el marco de un Estado laico, la restauración de los vínculos diplomáticos se concretara gracias a la convergencia de actores diversos: la jerarquía eclesiástica, las redes laicales – en particular las organizaciones femeninas católicas –, los partidos políticos y los representantes vaticanos. Esta pluralidad de actores confirma que la cuestión religiosa en

Uruguay no se redujo al ámbito confesional, sino que se instaló como un asunto central de la arena pública.

En este sentido, el Congreso Eucarístico Nacional de 1938 debe entenderse no solo como un acontecimiento religioso de masas, sino como un verdadero punto de inflexión político y diplomático. Funcionó como catalizador de alianzas y tensiones, mostrando que el catolicismo uruguayo todavía mantenía una fuerte capacidad de movilización social. Al mismo tiempo, puso en evidencia la tensión entre un Estado constitucionalmente laico y una Iglesia que buscaba reposicionarse en un contexto regional e internacional marcado por el ascenso de las derechas, el nacionalismo católico y el anticomunismo.

El caso uruguayo permite, por tanto, situar la experiencia local en un marco más amplio: la estrategia de la Santa Sede durante el pontificado de Pío XII, en el contexto de entreguerras, cuando los regímenes conservadores y autoritarios fueron vistos como aliados en la defensa de la “civilización cristiana” frente al comunismo. En Uruguay, esta lógica encontró eco en el herrerismo y en sectores conservadores del Partido Colorado, lo que explica la sintonía entre la política vaticana y determinados actores políticos nacionales.

En definitiva, este recorrido muestra que la disputa por la representación diplomática y las negociaciones con el Vaticano no fueron episodios menores ni meramente protocolarios, sino expresiones de un proceso más profundo: la redefinición de los límites entre lo político y lo religioso en el Uruguay del siglo XX. El estudio de este proceso permite comprender mejor cómo, incluso en un país que se reivindica como paradigma de la laicidad, las fronteras entre Estado e Iglesia siguieron siendo objeto de negociación, conflicto y acomodamiento.

REFERENCIAS

- ARCHIVO APOSTÓLICO VATICANO (AAV). Fondo Affari Ecclesiastici Straordinari. Pos. 94.
- ARCHIVO APOSTÓLICO VATICANO (AAV). Nunziatura Apostolica dell'Uruguay. Archivo di Mons. Levame. Titolo V. Governo. Art. 5. Legazione presso la Santa Sede. Pos. 2-3-4-5-6.
- ARCHIVO APOSTÓLICO VATICANO (AAV). Nunziatura Apostolica in Uruguay (1900-1939). VI. Mons. Giuseppe Fietta. Fasc. 34.
- ARCHIVO APOSTÓLICO VATICANO (AAV). Ripresa delle relazioni diplomatiche. Pos. VIII, Fasc. 36, 1938.
- ARTEAGA, Juan José. **Uruguay y Santa Sede**. Sus relaciones. Montevideo: Presidencia de la República, 1987.
- CAETANO, Gerardo. El primer herrerismo. Liberalismo conservador, realismo internacional y ruralismo (1873-1925). **Prismas**, Quilmes, v. 25, n. 1, p. 48-70, octubre/2021.
- CAETANO, Gerardo; RILLA, José. **Historia contemporánea de Uruguay**: de la colonia al Mercosur. Montevideo: Fin de Siglo, 2005.
- ETCHECHURY, Mario. **Entre el Colegiado y el Vaticano II**. Renovación eclesial y política en el catolicismo uruguayo. Monografía de pasaje de curso, inédito. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHUCE), Universidad de la República (Udelar), 2004.
- GREISING DÍAZ, Carolina. Montevideo: Entre la capital laica y la ciudad de Dios. Imágenes y celebraciones del III Congreso Eucarístico Nacional del Uruguay (1938). Hispania Sacra, v. 75, n. 152, p. 445-458, diciembre/2023.
- GREISING DÍAZ, Carolina. **Católicos en la república laica**. Uruguay 1916-1934. Montevideo: Doble clic, 2024.
- HERNÁNDEZ, Sebastián. Religión, política y sociedad en el Uruguay de los años treinta. La Iglesia uruguaya y el XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires (1934). Itinerantes. **Revista de Historia y Religión**, n. 8, p. 87-115, enero-junio/2018.
- MARTÍNEZ, Ignacio. Coincidencias sin acuerdo. Los primeros contactos entre el gobierno argentino y la Santa Sede en el proceso de construcción de la iglesia nacional (1851-1860). **Nuevo Mundo, Mundos Nuevos**, [En ligne], Débats, mis en ligne le 11 mars 2010, consulté le 09 décembre 2025. URL : <http://journals.openedition.org/nuevomundo/59082>.
- RILLA, José. Caminos de la herejía democrática: católicos y falangistas en tránsito. **Pasado y Memoria**. Revista de Historia Contemporánea, n. 20, p. 43-65, 2020.
- SEABRA, João. **O Estado e a Igreja em Portugal no Início do Século XX**. A lei da separação de 1911. Cascais: Princípia, 2009.
- SILVA DE MOURA, Carlos Andre. **Histórias Cruzadas: debates intelectuais no Brasil e em Portugal durante o movimento de Restauração Católica (1910 – 1942)**. Universidad estadual de Campinas. Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas. Programa de Post graduación. Historia, 2015.
- TURCATTI, Daniel. **Diplomacia pontificia y secularización en el Uruguay**. Relación de correspondencia Santa Sede- Nunciatura Apostólica 1905-1922. 1ª. edición. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2013.
- ZANATTA, Loris. La reforma faltante. Perón, la Iglesia y la Santa Sede en la reforma constitucional de 1949. **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”**. Tercera Serie, numero 20, 2º semestre de 1999. P. 111-130.

Fuentes

Archivo de la Secretaría de Estado (ase).

Centro de Historia Intelectual, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes.

Prensa

El Día, 9 de noviembre de 1938.

El Debate, 28 de octubre de 1938.

El País, 27 de octubre de 1938.

El Bien Público, 27 de octubre de 1938.

La Nación, 8 de noviembre de 1938.

La Mañana, 12 de diciembre de 1938.

Justicia, 13 de noviembre de 1938.